

843
Q

PQ 2378

.03

A 58

Es propiedad de los Editores.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL ALMA DE PEDRO

I.

El doctor Davidoff, en un momento de inspiración, volviendo su rostro de facciones rudas é incorrectas hácia los convidados del príncipe Patrizzi, interrumpió la discusión con estas palabras sorprendentes:

—Vamos á ver, ¿creen ustedes en la potencia de la sugestión repetida, que hace entrar una idea en el cerebro, aguda y persistente como la punta de una barrena? ¿Creen ustedes que esa idea pueda influir sobre el estado moral, hasta modificar el estado físico?... porque me concederán al menos que lo moral ejerce una acción soberana y decisiva sobre lo físico?...

—Lo concedemos—respondió tranquilamente el napolitano.—Ahora, y aquí es donde yo aguardo á usted, es preciso que nos pruebe...

À esta respuesta, que prometía desarrollar largamente la proposición formulada por el médico ruso, entre aquella alegre reunión de hombres y mujeres galantes que acababan de comer

en el hotel de París, sobre la terraza de Monte-Carlo, sucedió un instante de silencioso estupor. De un lado á otro de la mesa, suntuosamente servida, y sobre la cual morían las flores asfixiadas por el calor de las luces y el humo de los cigarros, se cruzaron miradas de asombro y de fastidio. Después, bruscamente, estalló una protesta de indignación por parte de aquellos calaveras sustraídos á la futilidad habitual de sus conversaciones y arrojados en las arideces de discusiones científicas; una tempestad de gritos y apóstrofes se desencadenó.

—¡Basta de fisiología!

—Hemos venido aquí para beber, fumar y reírnos...

—Esto es un gabinete particular y no una sala de clínica...

—Que se calle, que se calle el doctor; ¡está borracho!

—Señores, escúchenme ustedes, se lo ruego; lo que voy á referir es muy interesante!

—¡Sí, pero aburre á estas damas!...

—¡Abrid la ventana, aquí huele mal la ciencia!

—Yo preferiría estar en el casino... He soñado que daba trece golpes seguidos á una sota.

—He ahí una sugestión que te ha comunicado el *croupier*.

—¿Queréis que bailemos?

—¡Oh! ¡oh! ¡Laura, por favor, siéntate al piano!

—¡Bueno! Queriditos míos, id donde os acomode, pero dejadnos en paz...

—¡En marcha, en marcha! ¡No intente usted detenernos! Vámonos...

—¡Ah! ¡mentecatos!

Tres ó cuatros mujeres y cinco ó seis jóvenes se levantaron en tumulto pidiendo sus abrigos al mozo de comedor que se apresuraba á servirlos. Patrizzi permaneció sentado, sonriendo á las hermosas que con movimientos de coquetería, se atusaban el pelo y arreglaban el traje. Tendió negligentemente la mano á sus amigos y dijo:

—Cada cual que haga su gusto. Marchaos cuanto antes. Dentro de una hora nos reuniremos...

Después, volviéndose hácia el pintor Pedro Laurier, su amigo Santiago de Vignes y hácia el doctor Davidoff, que no se habian movido:

—Continúe usted—dijo al médico—su relato me interesa sobremanera.

El médico ruso arrojó la punta del cigarro, encendió otro, y mirando con autoridad á sus tres oyentes, prosiguió la narración violentamente suspendida por las interrupciones de los convidados.

—Confieso que la historia comenzada ante nuestros amigos es bastante singular, y para seres escépticos como ellos, carece de vero-

similitud; pero en nuestros países esclavos, brumosos y sombríos, verdadera patria de los espectros y de los fantasmas, no habría suscitado la menor incredulidad... La mitad de mis compatriotas se compone de Suedenborgianos inconscientes, que admiten como el gran filósofo, pero sin razonarlos, los fenómenos del mundo invisible, y afirmarían delante de ellos, como lo hago ante ustedes, el hecho maravilloso de la transmisión de un alma á un cuerpo viviente, por la sola voluntad de una persona decidida á morir, á la que veríais palidecer, ponerse trémula, pero no protestar. Entre nosotros es costumbre arraigada creer en los vampiros que salen de su tumba cuando un rayo de luna hiere la losa, y se admiten las apariciones que revelan la muerte próxima. Por esta circunstancia se hacen posibles los milagros... Una convicción fuerte es el más poderoso de todos los flúidos y el espiritismo reclama como primera condición la confianza absoluta. Si dudáis os dicen los adeptos, no tratéis de penetrar nuestros misterios; permanecieran siempre mudos é insondables para vosotros... El mundo de los invisibles no se revela sino á los que ardientemente aspiran á conocerlo. Los incrédulos, y las personas que se mofan de nuestras creencias, lo encontrarán siempre cerrado.

Santiago de Vignes tuvo un doloroso acceso

de tos, que hizo palidecer su bello y melancólico rostro; recobró la respiración con esfuerzo, y volviéndose hácia el doctor como reanimado por una esperanza secreta, le dijo con voz ahogada:

—¿Y usted ha sido testigo de la aventura? ¿Ha visto usted á esa jóven renacer á la existencia, adquirir fuerza, recobrar la salud, como si la vitalidad de su prometido hubiese pasado á ella por completo?

—Yo no discuto la materialidad del hecho—respondió Davidoff—doy á ustedes pura y simplemente la consecuencia psicológica. Wladimiro Alexievich, viendo que María Fedorowna, á la que adoraba, se extinguía poco á poco cual una lámpara cuyo aceite se apura, y despues de haber consultado vanamente á todos los médicos de Moscou, y al mismo que os habla, quien fué desde San Petersburgo para dejar caer de su boca igual sentencia de muerte, tuvo la idea de dirigirse á una anciana hechicera Tonguosa, que venía de Nijni-Nowgorod, precedida de gran fama por los prodigios que la atribuían. Fué á interrogarla una tarde, la vispera de Navidad. La condenada mujerzuela, le recibió en un cuartucho de los arrabales, y, despues de entregarse ante él á terribles encantaciones, le dió á beber en una taza de madera, cierto brebaje de olor repugnante. Viendo que dudaba, le miró con aire amenazador:

—¿Pretendes amar á una mujer, quieres salvarla aún á costa de tu vida y no te atreves siquiera á beber ese licor desconocido?... ¡Oh! ¡oh! ¡Hombre, hijo del hombre, débil como todos los de tu especie... sufre y llora, puesto que no sabes hacerte superior á la humanidad!

En el mismo momento, Wladimiro Alexievich, avergonzando, vació de un solo trago la grosera copa, y le pareció ser presa de súbita borrachera. Delicioso calor se esparcía por su cuerpo, hacíase ágil, ligero, hasta creer que iba á perderse en un vuelo. Sus ojos estaban velados por luminosas nieblas, como si á través de una nube los hirieran vivas claridades. La sangre latía en sus venas, é himnos seráficos llegaban á sus oídos. Sentíase trasportado á espacios inmensos, y sobre su frente resbalaba una frescura infinita. Poco á poco, perdió el sentido de las cosas terrestres, y, en medio de aquel éxtasis divino, en una beatitud estática, vió avanzar hácia, él cual figura celestial, una blanca y sublime aparición que, con voz dulce como el canto de los ángeles, le dijo:

—¿Quieres rescatar la vida de aquella que amas? Da la tuya en cambio. Tu alma irá á su cuerpo, y tu cuerpo quedará en la tierra fría. Nada tendrás que sentir, puesto que tú estaras en ella y su felicidad será el manantial de tu alegría.

La visión celeste se desvaneció entre las luminosas brumas y Wladimiro Alexievich volvió en sí, encontrándose en el cuartucho de la Tongousa, cerca de una chimenea de leña que arrojaba abundante humo. La vieja balbuceaba palabras confusas, y no parecía ocuparse del nuevo huésped. Espantado de aquella revelación quiso Wladimiro reflexionar, darse cuenta exacta de su extraña aventura. No vió, ante sus ojos, más que una hechicera sucia é indiferente que le había puesto en relación con lo espíritus como el guardián de un templo abre el santuario donde resplandecen los dioses. Puso la mano sobre el hombro de la vieja, y entonces se volvió ella, arrojándole miradas oscuras para decirle con voz sardónica:

—¡Y bien! ¿Sabes ya lo que querías?

—¿De qué medio te has valido para arrebatarme el conocimiento de las cosas del mundo exterior? —preguntó él. — Qué me has hecho beber?

—¿Qué te importa? ¿Has penetrado el mundo de los invisibles?

—Sí; ¿pero por qué sortilegio me lo has mostrado?

—¡Pregúntaselo é ellos mismos!... ¡Contigo estaban rodeándote!... ¿Vas á dudar ahora? Entonces pierde toda esperanza. ¡Fíate de ellos y te aguardarán delicias supremas!

El talle de la hechicera se irguió, adquiriendo su rostro una fiereza salvaje que lo embellecía; mostró la puerta á Wladimiro y le dijo:

—No atentes contra el cielo... ¡Vete! ¡Y cree ¡Cree!

Dejó caer él su bolsa, que la vieja arrojó á la chimenea dándola desdeñosamente un puntapié. Abrió aquella los brazos, como para una invocación postrera é irradiando de su frente la llama de la inspiración, repitió con acento que hizo vibrar el pecho de Wladimiro Alexievich:

—¡Cree! ¡desgraciado! En eso está la salvación. ¡Cree!

Salió Wladimiro y se dirigió á su casa, donde pasó escribiendo una parte de la noche. Al día siguiente, cuando entraron en su cuarto, estaba muerto.

—¿Y su prometida, recobró la salud?— preguntó Pedro Laurier.

—Volvió á la vida— contestó Davidoff;—pero á pesar de sus encantos no consintió jamás en casarse con ninguno de sus adoradores, y permaneció virgen, como si hubiese sido fiel á un misterioso é íntimo amor.

—¿Y cree usted en ese prodigio, doctor?— preguntó Santiago de Vignes con esfuerzo.

Davinoff inclinó la cabeza, respondiendo con tono malicioso:

—Los médicos no creemos gran cosa en el si-

glo actual. El materialismo tiene numerosos adeptos entre mis compañeros. Pero el magnetismo ha revestido tan extrañas formas en estos últimos tiempos que se han abierto horizontes nuevos ante nuestros ojos. Evadimos el espiritismo que certifica la existencia del alma. Y sin embargo, admitir la influencia de la sugestión mental sobre los objetos hipnotizados ¿no es estar bien cerca de creer en un principio superior que dirige y por consiguiente domina la materia?

—Filosofa, usted amigo mío—interrumpió el príncipe, y no responde...

—¡Oh! usted, Patrizzi, dijo riendo Pedro Laurier, usted cree en San Javier é invoca á la Virgen, en los casos graves; usted finge reirse de todas esas brujerías y palidece cuando ve un cuchillo y un tenedor en cruz sobre el mantel. Confiese usted que se halla seducido por las palabras de Davinoff... Pero Santiago y yo, somos más rehacios y necesitamos algunas pruebas para convencernos.

—Sería bueno, no obstante, creer en una influencia misteriosa que pudiera devolver la vida—murmuró el enfermo.—¡Oh! poder asirse á una esperanza suprema! ¿No sería eso la salvación? ¿La confianza, no entra por mucho en las curaciones?

—¡Diablo! ¡Esas son las palabras más razo-

nables que se han pronunciado desde hace dos horas!—exclamó Pedro Laurier...—Vayan al diantre todos vuestros sortilegios, vuestro Suedenborgianos, vuestras apariciones lunares y vuestras almas que pasan de cuerpo en cuerpo, como el hurón de Bosque Hermoso. Dar á un enfermo la certidumbre de que sanará, es casi siempre promover su curación... ¡Esa es la verdad! Y si no, ahí tenéis á mi amigo Santiago de Vignes, que se ha hecho trasladar al mediodía porque cogió un reuma. Hacedle comprender que su mal es quimérico, que no tiene los pulmones atacados, que es el mayor de los tontos en conservar aprensión; en fin, demostradle que sólo tiene un mal insignificante, y, suprimiendo la causa suprimiréis el efecto. Santiago de Vignes quedará obligado á abandonar su voz debilitada, sus ojos lánguidos sus miradas wertherianas... Volverá á la vida, al bistek, al cigarro, á las mujeres hermosas...

—¡Ay!—murmuró Santiago, cuya profunda le abrasada [el pecho.—¡Bien quisiera poder esperar!... Amo á la vida y siento que cada día se aleja un poco más...

El pintor puso la mano sobre el hombro del enfermo, exclamando con voz amistosa:

—No me crees cuando te digo que no tienes nada grave; no crees á Davidoff, que te ha reconocido... ¿Quieres, á pesar de todo, conservar

tu inquietud y mortificarte por placer? Afliges á tu madre y haces llorar á tu hermana... ¡No podremos convencerte nunca? ¿Será necesario que yo haga contigo lo que hizo Wladimiro Alexievich, y que busque un alma para tu cuerpo? ¡No tengo más que una, ya lo sabes, y esa no es muy buena! ¡Si te la doy algún día en un acceso de *spleen*, no te haré un brillante regalo?... Pero á caballo regalado no hay que mirarle el diente; y lo importante es que tú vivas, tú que tienes quien te quiera, y que tu muerte sería llorada... Mientras que yo, bien puedo arrojarme á cualquier hora desde la terraza del Casino al mar... ¡Quién sentiría á ese loco que se llama Pedro Laurient, pintor incapaz de realizar su ideal jugador insensible á las emociones de una baraja, amante burlado por su querida, hombre disoluto, hastiado de los placeres de la vida!

Hirió la mesa con un fuerte puñetazo, y convulso el rostro por emoción dolorosa, contraidos los labios por amarga sonrisa, añadió:

—¡Soy muy necio en aferrarme en conservar todas las mañanas, la existencia que maldigo por las noches!... ¡Al Diablo!... Santiago, ¿quieres mi alma?

—Vamos—dijo Santiago dulcemente—tú has tenido hoy alguna querrela con Clemencia Villa... Abandónala, mi pobre amigo, si tanto te hace sufrir...

—¡Acaso puedo!

Y Pedro, palideciendo, apoyó la frente sobre su mano, como si obedeciese á una pesadez súbita.

—Entonces rómpela un hueso á palos—añadió Patrizzi con tranquilidad.

—¡Ah, si me atreviera!—exclamó Pedro cuyos ojos arrojaban chispas:—Pero soy esclavo ante esa mujer... Todo lo que quiere se me impone. Sus vicios, sus locuras, sus traiciones, todo lo soporto... Siento deseos de asesinarla... y al fin me mataré por librarme de su tiranía. ¡Oh soy un ser necio, despreciable! Se que me engaña sin miramientos de ningún género... La he sorprendido el otro día con un ridículo baritono italiano... Me arruina, me envilece... ¡Y no tengo fuerzas para romper mi cadena!... ¡Soy verdaderamente muy desgraciado!

—No, usted no es desgraciado—dijo el doctor—usted está enfermo... Salgamos, aquí se ahoga uno...

—Son las diez—añadió Santiago de Vignes. —El coche debe esperarme. Vuelvo á Villafranca.

—Tápese V. bien—dijo el príncipe—porque las noches son frescas.

El pintor ayudó á su amigo á ponerse el gabán, le rodeó la bufanda, y al pie de la escamera del hotel, con voz vibrante todavía por

el ardor, dejó caer en sus oídos estas palabras:

--Buenas noches, y ya lo sabes: cuenta con mi alma.

El doctor Davinoff, después de acompañar á Santiago de Vignes hasta su coche, cerró la portezuela y dijo al cochero: ¡En marcha! Escuchó un instante el ruido sonoro del carruaje sobre la arena de la alameda, y fué lentamente á reunirse con el pintor, que le esperaba mirando las estrellas.

—¿Vamos al casino?—preguntó Patrizzi.

—¿Á qué tan pronto? La noche es muy hermosa, pasearemos un rato...

—¿Hacia donde nos dirigemos?

—Por el camino de Menton.

—¿Y V. se detendrá á un cuarto de legua de aquí, á la puerta de un hotel cuya verja está llena de rosas?

—Sí.

—¿Y saldrá V. después furioso contra todo el género humano y contra usted mismo!.. ¡Ea! No vaya V. á casa de esa mujer.

—¿Y donde quiere V. que vaya? Si, obediéndole, vuelvo al hotel, en la soledad de mi cuarto, querría no pensar más que en sus consejos de V., en separarme de ella... Pero me tiene cogido fuertemente, los lazos que nos unen son sólidos, y á pesar de mis esfuerzos desesperados, todovía no se han roto. Después

El alma de Pedro.

de cada sacudida vuelvo á recaer más agobiado, más débil; cautivo nuevamente. ¡Me desprecia y la odio!

—¡Es fácil sin embargo, abandonar á una mujer!—dijo el napolitano sonriendo.—Desgraciadamente eso no se sabe hasta después de llevarlo á efecto. Ante todo, precisa ensayar... ¡Pero qué cómodamente se presta filosofía á los que sufren!... Vaya, señores, buenas noches, voy á ocupar la banca.

Encendió un cigarillo y se alejó. Davinoff y Pedro Launier continuaron paesando entro los jardines esclarecidos por la luna. Un perfume embriagador les rodeaba. Salieron de la ciudad y á la derecha, al pié de las rocas que bordean la costa, apareció el mar brillante como una inmensa lámina de plata. La noche era tan clara, que los faroles de las embarcaciones lucían á lo lejos rojos y oscilantes. Ellos no hablaban y seguían por la altura. Se detuvieron algunos instantes cerca de un espeso matorral de lentisco y de cactus, dejando perderse la mirada en el espacio como oprimidos por aquella extensión sin limites. Un ruido repentino, semejante al de una béstia que se levanta bruscamente entre las matas del monte, atrajo su atención; y al cabo de algunos instantes vieron trepar por el sendero que cortaba el flanco de la colina, un hombre cuyo fúsil brillaba á la claridad de la luna:

—¿Qué es eso?—preguntó Davinoff asombrado.

Pero Laurier miró con atención, y respondió:

—Un carabinero.

Escucharon. El hombre subía. Así que llegó á la meseta, observó á los dos paseantes con desconfianza. Aquel sitio estaba desierto, y las casas más próximas distaban dos kilómetros. Toda la costa es abrupta y propicia á las empresas de los contrabandistas.

—¿Nos toma V. por malhechores?—preguntó el doctor.

—No, señor, ahora que les veo á ustedes de cerca; pero desde allá abajo, al percibir dos hombres inmóviles, creí que venían Vds. á dar alguna señal.

—¿Es que hay aquí delincuentes que acechar?

—¡Oh! ¡siempre! Entre Mónaco y Ventimille es donde ordinariamente se hace el fraude... No hay semana en que no ne opere alguna arribada... y desde hace cuatro días acechamos una barca que cruza, esperando ocasión... Pero los pillos ya nos pagarán las noches que nos hacen pasar en vela, y si oponen resistencia les recibiremos á tiros... Buenas noches, señores... No estén Vds. por aquí mucho tiempo... Este sitio es malsano.

—Llevó militarmente su mano al kepis, y desapareció entre los matorrales que le servían de atalaya.

Pedro Laurier y Davidonoff echaron á andar de nuevo, volviendo hácia la ciudad.

—Envidio la suerte aventurera de esos hombres que sirven de blanco á las amenazas del bravo carabinero. Corren en este momento sobre el mar, atentos y circunspectos, prontos al tráfico ó á la batalla... Una vez que hayan dado el golpe, partirán para expediciones nuevas y peligros desconocidos... No piensan nada más que en su duro y caprichoso oficio... De buena gana me cambiaría por ellos.

—¡Pues andando! El conde Woreseff, á quien yo acompaño á bordo de su yacht, abandona á Villafranca pasado mañana. Va á Egipto: tocaremos en Alejandría; ascenderemos por el Nilo hasta la segunda catarata, visitando á Thebas, el desierto, las Pirámides... Es una expedición de dos meses sobre la cubierta de un barco magnífico y bajo los rayos esplendorosos de un cielo de Oriente... usted sabe bien con qué placer le llevaría el conde... Podría V. hacer vida activa, cazar... ¡Y sobre todo, olvidaría usted!

—¡No! Estaría muy tranquilo, me rodearían excesivos cuidados, siendo demasiado feliz al lado de Vds. Yo quiero peligros que absorban, fatigas extenuantes; nada en derredor que respire cariño, civilización... Lo que yo necesito es la vida salvaje. Si usted se comprometiera á hacerme capturar por los Touaregs, que me lle-

vasen cautivo á Tombuctu... entonces le seguiría... ¡Eso quizá fuese mi salud, mi salvación!

—No puedo prometer á V. tales aventuras — dijo Davidoff, sonriendo...—Será preciso por lo tanto, que quede V. abandonado á sí propio...

Entretenidos con esta conversación llegaron ante un bello hotelito, pintado de rosa, cuyas ventanas brillaban á traves de espesos verdores.

—¿Después de todo lo dicho, vá V. á entrar? —preguntó el médico.—Adiós, entonces, porque no sé si le veré mañana, y buena suerte.

Apretáronse la mano, y mientras el ruso se dirigía hácia la ciudad, el pintor atravesó el jardín llamando á la puerta de la casa. Le abrió un lacayo y le hizo penetrar en el vestíbulo, en forma de patio árabe, adornado con una fuente en el centro, sobre cuyo fondo azul, se veían nadar algunos pececillos de escamas doradas. Alrededor de las columnas que decoraban esta entrada, ascendían rosales trepadores; y en el fondo, una escalera de mármol blanco, daba acceso al primer piso.

—¿Dónde está la señora? — preguntó Pedro Laurier.

— En el gabinete, — respondió el criado.

Abrió aquél entonces la puerta, y entró despacito. Sobre un ancho canapé, en medio de cojines de seda, hallábase Clemencia Villa, muellamente recostada, hojeando un libro. Levantó

la cabeza, extendió los brazos, y quedó inmóvil. Pedro se aproximó, inclinándose sobre el delicado rostro de aquella mujer, estampó un beso en sus ojos.

—¿Cómo vienes tan tarde?—preguntó la comediante, en su tranquila indiferencia que contrastaba con el reproche dirigido.

— El convite del príncipe Patrizzi, se ha prolongado más de lo que yo esperaba...

—¿Os habéis divertido?

—Menos que si tú hubieras estado con nosotros.

—Aborrezco á Patrizzi.

—¿Por qué?

—Se me figura que me detesta.

—No, no te detesta, sino que me quiere mucho.

—¿Y qué significa eso? ¿No puede quererte sin odiarme?

—El te querría también, si no me hicieses desgraciado.

—¡Ah, la eterna canción!

La jóven hizo castañetear sus dedos, arrojó el libro hasta el otro extremo del salón, y con un brusco movimiento se volvió dando la cara á la pared.

—Vamos, Clemencia, tengamos paz — dijo el pintor—hablemos de otra cosa...

Pero la comediante, sin moverse y escondiendo el rostro entre los cojines, contestó con voz aspera:

—Tú sabes que Patrizzi me ha perseguido como otros muchos, y por lo mismo que yo no he accedido á sus deseos, no puede verme.

El rostro de Laurier, se crispó, y con ironía la dijo:

—¿Por qué has hecho para él una excepción tan ofensiva?

De un solo brinco, Clemencia Villa se puso en pie, y roja de cólera, arrojando chispas por sus ojos, con el entrecejo fruncido, y las manos agitadas por temblor nervioso, mostró la puerta.

—¡Amigo mío, si vienes aquí para decirme insolencias, puedes marcharte!...

—¡Oh! Sé perfectamente que no te importo nada, jamás lo he ignorado—dijo el pintor, notándose la desanimación en su rostro.

—¿Entonces por qué persistes? Y si fueses amable siquiera, comprendería tu obstinación; pero pasas el tiempo maldiciéndome ante tus amigos, vienes á insultarme en mi propia casa... Todo ello por que no me pliego á tus fantasías, encerrándome para vivir sola contigo... ¡Qué perspectiva tan seductora!... En fin, que eres un ingrato. Abandoné por complacerte á Selín Nuno, que era tan bueno para mí y soportaba todos mis caprichos... Te he amado mucho... ¡Oh! ¡bien lo sabes!... Por que antes de tu locura eres un muchacho encantador y agradable... ¡Pero he aquí que hace tres meses pierdes completamente